

# *fablas*

*revista de poesía y crítica*



enero-febrero 1974

**50-51**

# *fablas*

*revista de poesía y crítica*

---

Director: ALFREDO HERRERA PIQUÉ

## Redactores

DOMINGO VELÁZQUEZ

LÁZARO SANTANA

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

JUSTO JORGE PADRÓN

Editor-fundador: DOMINGO VELÁZQUEZ

---

F A B L A S — Apartado Postal, 11 — LAS PALMAS DE GRAN CANARIA (España)

## FIN DE JORNADA

POR MANUEL ANDÚJAR

Arcadio eligió la silla de tijera, en lugar de la habitual y confortable butaca de respaldo en sesgo y brazos almohadillados. ¿Por qué prefería, hoy, en las horas de reposo, cuando se estira la noche como una sábana limpia, la postura más incómoda? Sumaba así otro indicio de actitud tensa, escondido el rostro, para Paloma orientador en la semioscuridad. Ella, a media distancia de la pequeña pantalla y del barandal, de la estrecha terraza arqueada, tejía, guiada por los parpadeantes resplandores del rótulo de neón que desde una barda próxima dominaba los tejados de la zona.

Una alarma adicional, la orden de Arcadio, timbrada de ruego.

—Apaga esa condenada máquina. Los chicos duermen y ni tú ni yo le hacemos maldito caso.

—Lo que quieras, pero los niños están acostumbrados a la tele. A lo peor, la falta de ruido los despierta.

—Empezaríamos a aducarlos. También a dormir “normalmente”.

Ella obedecía, acompasadamente. Después, permaneció inmóvil, dentro del círculo de claridad refleja que parecía haber limado y esponjado su silueta. Resonaban los combinados petardos de las motos y de los locutores, a través del aire vacío, supuestamente libre y calmo, que conectaba los bloques. Arcadio y Paloma experimentaron, al unísono, durante un largo intervalo, la necesidad de silencio en derredor.

—Te quedaste parada y muda.

—Estamos a mano.

—A susceptible no hay quien te gane.

—Sería tonto, discutir, por nada.

—Vale.

La mujer sorteó sus piernas extendidas (mientras hablaban se había trasladado al “sitio de siempre”) y preguntó, en sordina:

—¿Enciendo la luz?

—¿Para qué?

—¿Piensas acostarte pronto?

—Aún no lo sé. Depende.

Seguía él “muy en su mundo”, tanto que ni entrecrujía los dedos ni fumaba. Y aunque Paloma trajinó en la cocina (satisfactorios toques de limpieza, preparativos para el día siguiente) y enderezó los cuadros cromáticos del vestíbulo, el esposo no dio señales de actividad o despezo.

—“Debo cortar el nudo. Nunca nos sucedió el sentirnos tan extraños, de este modo”.

Se le acercó, bien marcada la pausa.

—¿Te pasó algo?

Y al no contestarle, se detuvo. Tenía que defenderse con una nueva interrogación.

—¿Prefieres que te deje solo?

La voz, ligeramente empañada, con insólito raspar opaco, sacudió el ensimismamiento de Arcadio.

—No se te ocurra llorar a escondidas, que te conozco. Ven al árbol que te cobija.

La cintura —ensanchada, añoró su esbeltez, antes de los partos— le prestaba un apoyo sosegador.

—Es que, ¿sabes?, hubo cosas rarillas en esta jornada, que no acabo de entender. Dirías que de lo más corriente, sueltas, pero se juntan y te roen.

—Por ejemplo...

—Picó la curiosidad, ¿verdad? Y quizá no sean más que simplezas de uno, casualidades o mal talante, pero entra la rumia.

—No te retires, hombre.

—Es fácil que a mucha gente les salgan al paso hechos comparables, hasta revueltos y enredados, igual que a mí, y no se alteran.

—¿Qué te impresionó de esa forma? ¿El telegrama de los primos?

—Morirse, cuando no aguantas los años, es natural. Y justo.

—Entonces, ¿“el servicio”?

—Sí y no, varía.

En aquel momento, y su gesto de atención lo alentaba a continuar, Paloma recordó —“absurdamente”— las medidas exactas del cortinero del vestíbulo. Y que convendría cambiar la tela por una estampada de colores más intensos, que “alegrase la entrada”.

—Sería por la clase de trabajos que te cayeron, supongo. Desde tu “fichaje” en la “Supertur” nos arreglamos, y sin sacrificio de lo principal.

—Tampoco me quejo. Pero yo iba a explicarte que hay ocasiones y que en un día te llueven, a pares, las impresiones fuertes, las que hormiguean por dentro, en la conciencia.

—Hasta que las digieres, con un sueño de plomo. Te levantas, se atraviesan el trajín y la distracción, el cansancio, olvidas.

—La medicina que todo lo cura.

—¿Y qué fue?

—Bah, si lo cuento te parecerá una exageración, y que no hay mayor motivo. Sin embargo... Chiquilladas mías, “figuraciones”. Intento vestir las palabras y se me escapan. No repares. Beberé una copa, más la ración de aire, en nuestra “galería”, y a dormir. Echa una ojeada a los críos y en seguida te acompaño.

Ella se encogió de hombros, le acarició, en pulsación breve y vi-

brante, la barba crecida, y se alejó. La oyó evolucionar en el tocador, chiriaron las puertas del armario-ropero, apretó los grifos del lavabo, que bordoneaban, espaciados e implacables, sus gruesas gotas residuales.

Evocaba, sin la presencia perturbadora de Paloma, las escenas que, en trasfondo, le habían “descompuesto”. Comprendió que ofrecían, sin un por qué, relación indisoluble. Alguien, cuya recóndita voluntad nos sugiere contrastes, las había dispuesto en sucesión tangible, “para él”, “pobre diablo” con migajas de instrucción y una dosis respetable de suerte sencilla, modesta.

“Le tocó un plato de lujo: don Abelardo. Aunque no lo haya visto, cara a cara, su foto sale con frecuencia en los periódicos. Es el personaje más repetido en el programa de los empresarios modelos. Lo recogerá en su dirección particular (¿apunta?), a las diez, Póliza discrecional. Calcule que lo soltará, donde indique, claro, al atardecer. Síglele el humor y no se entrometa”.

Refutó el ademán, apenas esbozado, de Arcadio.

“Norma principalísima de nuestra Agencia es respetar los caprichos y humores de los clientes. ¿Que don Abelardo amaneció con el genio esquinado y quiere meditar sin testigos y al fresco y, harto de responsabilidades, alquila coche y conductor y discreción? ¡Pues ojalá cunda su petenera!”.

El viaje se realizó sin el menor comentario campechano de don Abelardo, a diferencia de su actitud en público. Atenido Arcadio a sus instrucciones concisas y rotundas. “Domina el intríngulis de mandar”. Retuvo vagamente su estatura, fisonomía, indumentaria. “Para mí lo mismo que si transportara a un autómeta”.

Había ordenado velocidad moderada, definió el acceso a una carretera transversal, poco transitada, en la Sierra. Arcadio observó, en algunas curvas, por el espejo retrovisor, su tiesura, un ríspido aire de abstracción al identificar, de soslayo, el paisaje. Y no le interesó más. De este modo, concentrado en su labor, meditaba holgadamente sobre los propios, equilibrados asuntos.

—Pare ahí, bajo el emparrado. Pida lo que le apetezca. Pasearé por ese bosquecillo (lo señaló, dedos imperiosos). A lo sumo, veinte minutos. Me irrita esperar después. Prevéngalo. Nada de garambainas de revisiones de llantas, etcétera.

Ascendió por la pedregosa ladera. Al distanciarse —efectos del rígido y estirado caminar, de la refulgencia del sol verticalizado— semejava un estoque móvil, súbito elemento disonante en la Naturaleza.

...Más que duplicado el plazo, el tiempo se colmó, desbordaba su medida. Y Arcadio no resistió más la inquietud, acuciado por el presentimiento, equiparable a certidumbre, de un accidente.

Recorrió, a zancadas, las hileras —“cuestión de juego, ese orden”— del pinar, y a su término, en un rodal impiamente desforestado, lo divisó. Se apoyaba —nuca y espalda— en un tronco, los ojos entrecerrados y el cuerpo en difusa y desvalida laxitud.

Mientras, Arcadio avanzaba ruidosamente, sin que el otro diera muestras de advertirlo. Y a su lado, aguardó en vano unos segundos, sugestionado por el tono ceniciento de su piel y la profunda inercia que lo

poseía.

Lo agarró del brazo —la seguridad y la fuerza le correspondían, y esta moción la infundió una firmeza contagiosa—, de manera que el peso de don Abelardo gravitara en él, convencido de que su iniciativa le reintegraba perdidas energías. Y lo llevó, casi en volandas, hasta la explanada del bar.

—Ahora, se acabó la ayuda. Animo, hay moscones.

No despegó los labios en el trayecto de regreso. Al llegar a su casa-chalet, Arcadio evitó, con profesional despego y unos modales levemente despectivos, la menor oportunidad de que le expresara gratitud o de que pretendiese recompensar su intervención.

Indefiniblemente ufano, estacionó el auto frente a “Supertur”, rindió informe y solicitó el plus de comida extra. Le quedaba un holgado margen hasta la próxima “carrera” contratada y marchó a pie, descuidadamente —“mía es la calle, ancha Castilla”— en busca imprecisa de un restaurant, que funcionara aún, casi a las cinco, con “género decente”.

Se le ocurrió —enlazaba las ideas felices, las resoluciones certeras, “fabrico mi horóscopo”— que un taxista, más ducho, le llevaría al establecimiento adecuado. El gasto adicional, incluso la propina, los absorbería el precio popular.

Plantado en la esquina de Velázquez y Lista, llamó, ostentosamente, “para que se apercibieran”, al primer rojinegro que se desocupó. Más que el conductor, llamó su atención lo despintado del vehículo vejancón.

—Usted dirá dónde.

—Lo dejo a su criterio. Recomiéndeme uno de sus “comederos”, de los permanentes, a los que ustedes recurren en caso de retraso y estómago planchado. Con despensa repleta para que improvisen un par de platos a tutiplén. Y que no lo “claven” a uno.

—Gracias por la confianza. Allá vamos.

“No le pintan bastos, a éste”. Igual que una horquilla, los hombros hundidos. Las axilas, con sudor de azulina, nudosas y vellosas manos adheridas al volante.

Arrancó briosamente pero traspuesto un corto tramo amainó el trote, como si de pronto no tuviera prisa alguna.

—¿Renquea el motor?

—No, es que le dio por funcionar, a la memoria, y hay que parar el jaco, para no equivocarse.

Aprovechó un alto para girar la cabeza y examinarlo con fijeza, entre benévola e impertinente.

Pómulos en relieve, pelo ensortijado, remoto resplandor infantil en los ojuelos cavados. También ingenua, renacida, la sonrisa colegial.

—¿Usted...? ¿Tú? ¿Arcadio? ¡Si soy Jerónimo!

(Se reitera la ronda de Paloma. Clic de su polvera, la presión que riega el perfume de las partes íntimas, intersticios, cuevas, alamedas, cloqueo del cepillo de dientes al rebotar en el vaso).

Tras los saludos exclamatorios (en Arcadio, subyacentes, corpúsculos de displicencia), el atropellado cotejo de remembranzas. “Ni tú ni yo acabamos el bachiller. Nos tocó la negra, trabajar antes de tiempo. Eramos inseparables”.

Arcadio consultó cáutamente el reloj y Jerónimo lo sorprendió.

—Te “deposito”, en un tris. Iba atrasadillo... Las obligaciones que te ahogan, que nadie se salva. Y yo debo cubrir mi receta de las afueras, a los recientes y superados ahogos de una hipoteca, a los síntomas de fatiga que —“disimula, macho”— ocultaba a los suyos.

Al despedirse, precipitadamente, Arcadio no le proporcionó su teléfono ni se informó dónde vivía.

¿Se trató de olvido o negligencia, de un secreto despego?

—¿Te espero, todavía?

Paloma se deslizó hasta la embocadura del doméstico escenario. Copió, en el umbral, perceptiblemente desnuda bajo la bata ramielavellina, un “fotograma atrevido”.

Las encías supurantes de amargor, picaduras de sofoco en la raíz de los cabellos, Arcadio se levantó. Acudía.

